

Los genocidas

Thomas M. Disch

Traducción:
Cristina Gómez Llorente



Libros publicados de Thomas M. Disch

1. Campo de concentración

2. Los genocidas

Título original: *The Genocides*
Primera edición

© 1965, copyright renovado en 1993 por Thomas M. Disch

Ilustración de cubierta: Cover photograph by Charles Gullung/Nonstock. Cover design by Evan Gaffney

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-741-1 Depósito legal: XXXXXXXXXX

Impreso por Blakprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Pasó la siega, terminó el verano y nosotros
no hemos sido redimidos.

Jeremías 8, 20

ÍNDICE

1. El hijo pródigo	9
2. Deserción	26
3. Un destello de felicidad	36
4. Adiós, civilización occidental	46
5. Relaciones de sangre	60
6. Acción de Gracias	72
7. Adviento	86
8. Hacia las entrañas de la tierra	100
9. La dulce invasión del gusano	114
10. La desmembración.	125
11. Muerte natural	136
12. Fantasmas y monstruos	154
13. ¡Cucú, yog yog, puí, tu-ui-ta-ú!	168
14. El ascenso	180
15. Sangre y regaliz	191
16. A salvo y en casa.	202
 Epílogo. La extinción de las especies	 212

El hijo pródigo

Conforme la luz ganaba terreno, las estrellas más pequeñas iban desvaneciéndose, seguidas de las de mayor tamaño. Sin embargo, la imponente masa de bosque que acordonaba el maizal retenía un rato más la lóbrega oscuridad de la noche. Desde el lago soplaba una ligera brisa que hacía susurrar las hojas de los jóvenes tallos de maíz, aunque las ramas del sombrío bosque permanecían inmóviles. El muro boscoso que lindaba con la parte oriental comenzaba a desprender unos reflejos grisáceos y verdosos; los tres hombres que esperaban en el campo supieron, sin poder verlo aún, que ya había salido el sol.

Anderson escupió, la jornada de trabajo había comenzado oficialmente. Empezó a subir por la suave pendiente en dirección este. A cuatro hileras de distancia, flanqueándole a ambos lados, le seguían sus hijos. Neil, el más joven y más alto, a mano derecha; y Buddy, a su izquierda.

Cada uno de ellos llevaba dos cubos de madera vacíos e iban todos descalzos y sin camisa, ya que era pleno verano. Tenían los pantalones vaqueros hechos jirones. Anderson y Buddy llevaban unos sombreros de ala ancha de rafia, parecidos a los sombreros de paja que solían regalar en carnavales y ferias.

Neil había prescindido del sombrero y llevaba, en cambio, unas gafas de sol. Estaban viejas; tenían el puente roto y arreglado con pegamento y una tira de la misma fibra que componía los sombreros. En la nariz, donde le descansaban las gafas, se le había formado una zona callosa.

Buddy fue el último en coronar la cima de la colina. Su padre le sonrió mientras esperaba a que los alcanzara. La sonrisa de Anderson nunca era una buena señal.

—¿Todavía te duele de ayer?

—Estoy bien, pero se me tensa cuando empiezo a trabajar.

—Lo que le duele a Buddy es tener que trabajar —dijo Neil entre risas—. ¿Verdad, Buddy?

Era un chiste. Sin embargo, el estilo de Anderson era bastante lacónico, nunca se reía con los chistes. Y con respecto a Buddy, rara vez encontraba graciosas las bromas de su hermanastro.

—¿No lo pillas? —preguntó Neil—. Doler. A Buddy le duele tener que trabajar.

—Todos tenemos que trabajar —afirmó Anderson, zanjando cualquier chiste que pudiera quedar oculto entre sus palabras.

Se pusieron manos a la obra.

Buddy retiró un tapón de su árbol e insertó un tubo de metal en su lugar, para colocar después el cubo bajo aquel grifo improvisado. Le resultó bastante difícil quitar los tapones, ya que habían estado puestos una semana entera y se habían soldado con bastante rapidez. La savia, reseca alrededor del mismo, actuaba como una especie de pegamento. Esta tarea siempre parecía prolongarse durante el tiempo justo para conseguir intensificarle el dolor (en los dedos, muñecas, brazos o espalda), pero no llegar a mitigarlo nunca.

Antes de comenzar la penosa tarea que suponía acarrear los cubos, Buddy se detuvo y contempló la savia que, como una miel verde lima, fluía por el conducto hasta caer al interior

del recipiente. Hoy manaba despacio. Para finales de verano, este árbol estaría moribundo y podrían talarlo.

Visto de cerca, aquello no tenía nada que ver con un árbol. Su tronco era liso, como el tallo de una flor. A un árbol de tal tamaño se le habría resquebrajado el tronco a causa de la presión de su propio crecimiento y lo tendría rugoso, cubierto de corteza. Más al interior del bosque, se encontraban algunos árboles, gigantes, que habían llegado al límite de su crecimiento y comenzaban a formar por fin una especie de corteza. El tacto de sus troncos no era húmedo, como el de estos, aunque seguían siendo verdes. Aquellos árboles (o Plantas, como los llamaba Anderson) medían unos ciento ochenta metros y algunas de sus hojas más grandes eran del tamaño de una valla publicitaria. Aquí, al borde del maizal, habían empezado a crecer hacía menos tiempo, no más de dos años, y los más altos solo alcanzaban los cuarenta y cinco metros. Aun así, tanto aquí como en lo más profundo del bosque, el follaje impedía el paso de la luz del sol de mediodía, al convertirse en un filtro que la hacía llegar tan pálida como los rayos de luna en una noche nublada.

—¡Poneos a trabajar! —exigió Anderson, que ya estaba en el campo con los cubos llenos de savia.

También empezaba a rebosar la savia en los cubos de Buddy. *¿Por qué nunca tenemos tiempo para pensar?* Buddy envidiaba la testaruda capacidad de Neil para limitarse a hacer las cosas, para dar vueltas en la rueda de su jaula sin preguntarse cómo funcionaba.

—¡Ya voy! —gritó Neil a lo lejos.

—¡Ya voy! —repitió Buddy, agradeciendo que también a su hermanastro lo hubieran sorprendido inmerso en sus pensamientos, fueran los que fueran.

De los tres hombres que trabajaban en el campo, sin duda Neil era quien mejor cuerpo tenía. Exceptuando su mentón

hundido, que le confería una falsa impresión de debilidad, era fuerte y estaba bien proporcionado. Era unos quince centímetros más alto que su padre y que Buddy, ambos bastante bajos. Tenía los hombros más anchos, el pecho más marcado y los músculos más voluminosos, si bien los de Anderson estaban más esculpidos. Aun así, no había ni rastro de agilidad en sus movimientos. Avanzaba torpemente al andar. Se encorvaba al permanecer quieto. Soportaba la tensión del trabajo diario mejor que Buddy simplemente porque tenía más masa con la que aguantar. En este sentido, era un animal y, en realidad, peor que un animal, porque Neil era tonto de remate, y peor incluso que tonto, pues era mezquino.

Es mezquino, pensó Buddy, y es peligroso. Buddy comenzó a bajar por la hilera de maíz, con un cubo lleno de savia en cada mano y el corazón inundado de rencor. Esto le confería una especie de fuerza y necesitaba toda la fuerza que pudiera congregarse, independientemente de su procedencia. Había desayunado muy ligero y sabía que el almuerzo tampoco sería abundante; de la cena no se podría ni hablar.

Incluso el hambre, según había tenido que aprender, les proporcionaba algún tipo de fuerza: las ansias de arrancarle más comida al suelo y más suelo a las Plantas.

No importaba el cuidado que tuviera, la savia le salpicaba continuamente las perneras del pantalón mientras caminaba, y el tejido hecho jirones se le adhería a las pantorrillas. Pasado un rato, cuando el calor del día comenzara a apretar, tendría todo el cuerpo cubierto de savia. Esta se secaría y, al moverse, la ropa almidonada le arrancaría de cuajo todo el vello del cuerpo, uno a uno. Ahora mismo ya había pasado lo peor de aquello, gracias a Dios el vello del cuerpo tenía un límite; sin embargo, aún quedaban las moscas que revoloteaban sobre su piel para libar la savia. Odiaba las moscas, y estas sí que parecían ser infinitas.

Cuando llegó al pie de la hilera de maíz y se encontró en mitad del campo, Buddy dejó un cubo en el suelo y comenzó a regar los sedientos brotes de plantas con el otro. Cada planta recibía cerca de medio kilo de aquel denso nutriente verde... y con buenos resultados. Aún no superaban las cuatro semanas y muchas de las plantas le llegaban ya por encima de la rodilla. De todos modos, el maíz habría crecido bien en la fértil tierra del fondo del lago, pero con los nutrientes adicionales que aportaba la savia robada, las plantas se desarrollaban de forma extraordinaria, como si estuvieran en el centro de Iowa en lugar de al norte de Minnesota. Además, este parasitismo involuntario del maíz contribuía a otro objetivo: el de que se fueran marchitando las Plantas con cuya savia lo habían alimentado, de manera que, cada año, el límite del maizal se ampliaba un poco más.

La idea de enfrentar a la Planta contra sí misma de este modo se le había ocurrido a Anderson y cada tallo de maíz que había en el campo daba fe de su acierto. Al contemplar las extensas hileras, el anciano se sentía como un profeta ante la visión de su profecía. Ahora se lamentaba de no haberlo concebido antes... antes de la diáspora de su aldea, antes de que las Plantas se adueñaran de sus granjas y las de sus vecinos.

Ojalá...

Pero aquello ya era historia, agua pasada, otro cantar... y como tal se remontaba a una tarde invernal en la sala de juntas, cuando aún había tiempo para lamentos inútiles. Hoy, y durante todo lo que quedaba de día, tenían trabajo que hacer.

Anderson buscó a sus hijos con la mirada. Se habían quedado rezagados, vaciando aún el segundo cubo sobre las raíces del maíz.

—¡Vamos! —gritó. Después, mientras volvía a ascender por la colina con sus dos cubos vacíos, esbozó una triste y lúgubre sonrisa, la sonrisa de un profeta, y escupió entre el hueco que le separaba las paletas un chorro del jugo de la Planta que estaba masticando.

Odiaba las Plantas y ese odio le daba fuerzas.

Trabajaron hasta mediodía, sudando bajo el sol. A Buddy le temblaban las piernas de la tensión y el hambre. No obstante, cada viaje hasta las hileras de maíz era más corto y cada vez que volvía hasta la Planta, podía descansar un rato (cada vez más largo que el anterior) hasta que se llenaban los cubos.

A veces, aunque no le gustaba aquel sabor ligeramente anisado, metía el dedo en el cubo y chupaba aquel sirope agridulce. No alimentaba, pero al menos engañaba al hambre un rato. También podría masticar la pulpa cortada del floema del tronco, al igual que hacían su padre y Neil, pero el acto de masticar la hierba le recordaba la vida de la que había intentado escapar hacía ya diez años, cuando había dejado la granja para instalarse en la ciudad. Su huida no tuvo éxito, al igual que tampoco lo tuvieron las propias ciudades. Finalmente, lo mismo que en la parábola, se había contentado con las cáscaras que comían los cerdos y terminó por volver a Tassel y a la granja de su padre.

Como era de esperar, ya habían matado al ternero cebado y, en el caso de que su vuelta hubiera sido una parábola, habría tenido un final feliz. Pero esto era la vida real y él seguía siendo, en su corazón, un hijo pródigo; a veces deseaba haber muerto durante las hambrunas que asolaron las ciudades.

Aun así, en una lucha entre un estómago famélico y las distintas preferencias de la mente, lo más probable es que el estómago ganara la batalla. La rebelión del hijo pródigo ha-

bía quedado reducida a consignas y pérdidas de tiempo: una obstinada negación a usar la palabra «haiga», un pertinaz desprecio por la música *country*, el odio a masticar hierbas y una repulsión hacia los paletos, los pueblerinos y los idiotas. En una palabra: hacia Neil.

El calor y la fatiga corporal conspiraban para encauzar sus pensamientos hacia caudales menos problemáticos. Así, mientras mantenía la mirada fija contemplando cómo se llenaban los cubos, se iban proyectando en su mente los recuerdos de imágenes de tiempos pasados. De Babylon, aquella estupenda ciudad.

Recordaba como por las noches las calles se convertían en fervientes ríos de luz y como los antisépticos automóviles surcaban aquellos ríos lanzando sus destellos al aire. Por mucho que pasaran las horas, el sonido seguía sin amainar y las luces sin atenuarse. Estaban los autocines y, cuando escaseaba el dinero, las hamburgueserías White Castle. Las chicas te esperaban en el coche con sus pantaloncitos cortos, a veces ribeteados con diminutos flecos brillantes que rebotaban sobre sus bronceados muslos.

En el verano, mientras los pueblerinos trabajaban en sus granjas, él había disfrutado de playas llenas de luz. Ahora se le revolvía la lengua reseca al recordar cómo había besado a Irene, en aquel laberinto de bidones de crudo vacíos sobre los que se apoyaba el muelle. A Irene o a cualquiera. Los nombres ya no importaban demasiado.

Volvió a bajar por la hilera y, mientras regaba el maíz, rememoró aquellos nombres que carecían de importancia ya. Oh, la ciudad estaba enjambrada de chicas. Podrías pararte en la esquina de una calle y, en una hora, habrían pasado cientos de ellas. Entonces llegó a hablarse de un problema de superpoblación.

¡Cientos de miles de personas!

Recordó las multitudes que se congregaban en invierno en el cálido auditorio del campus universitario. Habría ido con una camisa blanca, con el cuello almidonado alrededor de la garganta. Jugueteeó en su imaginación con el nudo de una corbata de seda. ¿La llevaría a rayas o lisa? Pensó en las tiendas repletas de trajes y chaquetas. ¡Cuántos colores había! La música y, a continuación, ¡los aplausos!

Pero lo peor de todo, pensó mientras volvía a descansar junto a la Planta, *es que ya no queda nadie con quien hablar*. La población de Tassel ascendía a doscientos cuarenta y siete habitantes y ninguno de ellos, ni uno solo de ellos, podría entender a Buddy Anderson. Se había extinguido todo un mundo y no eran conscientes de ello, ya que nunca había sido su mundo. Sin embargo, aunque muy fugazmente, Buddy sí había formado parte de él. Y había sido una experiencia maravillosa.

Los cubos volvían a estar llenos. Buddy los agarró por las asas y volvió a recorrer el camino hasta el campo. Por vigésima vez en aquel mismo día, pasó junto al ulceroso nudo de tejido que se había formado en la cepa talada de la Planta con la que habían regado las hileras de maíz durante todo el año anterior. Esta vez, pisó con el pie descalzo una zona de aquella resbaladiza madera en la que se había amontonado un charco de savia. Con el peso de los cubos, no fue capaz de recuperar el equilibrio y cayó de espaldas, derramándose encima toda la savia de los cubos. Se quedó allí tirado en el barro, con la savia esparcida sobre el pecho y resbalándole por los brazos. Se le posaron miles de moscas buscando alimento.

No intentó levantarse.

—Bueno, no te quedes ahí —le espetó Anderson—. Tenemos trabajo.

Le extendió una mano, restando dureza a sus palabras, para ayudarlo a levantarse.

Al darle las gracias a su padre, tenía un temblor apenas perceptible en la voz.

—¿Estás bien?

—Supongo que sí.

Se palpó el coxis, que había aterrizado sobre un nudo de la cepa y adoptó un gesto de dolor.

—Entonces vete al arroyo y quítate esa mierda de encima. Es casi la hora de irnos a comer lo que sea.

Buddy asintió. Cogió los cubos (era increíble lo automático que había llegado a ser el trabajo, incluso para él) y se alejó por el sendero del bosque que conducía hasta el arroyo (en su día, más al interior, fue el río Gooseberry) de donde se extraía el agua para la aldea. Hacía siete años, toda esta zona (los campos de cultivo, el bosque y la aldea) estaba cubierta por unos tres o cuatro metros de agua, pero las plantas la habían absorbido. Y aún seguían haciéndolo. Cada día que pasaba, la orilla norte del lago Superior avanzaba unos cuantos centímetros hacia el sur, aunque el ritmo de su retirada parecía estar disminuyendo conforme las plantas, excepto las más jóvenes, llegaban al límite de su crecimiento.

Se desnudó y se tumbó en el arroyo. El agua tibia fluía lánguidamente sobre sus extremidades desnudas, llevándose la savia, la suciedad y las moscas muertas que se le habían quedado pegadas como en una tira de papel matamoscas. Contuvo el aliento y hundió la cabeza lentamente en la corriente de agua, hasta sumergirse por completo.

Con los oídos inundados de agua, podía distinguir cualquier leve sonido con más claridad: su espalda rozándose contra los guijarros del fondo del arroyo y, más a lo lejos, otro sonido, un ligero ruido que aumentaba a un ritmo vertiginoso, hasta convertirse en un estruendo. Reconocía aquel sonido y sabía que no debería estar oyéndolo ahora, aquí.

Sacó la cabeza del agua justo a tiempo de ver una vaca corriendo de lleno hacia él... y justo a tiempo de que ella lo viera a él. Gracie saltó, plantando las pezuñas traseras a pocos centímetros de su nalga. A continuación se perdió corriendo en el bosque.

La seguían otras cuantas. Buddy las contó conforme se zambullían en el arroyo: ocho... once... doce. Siete de raza Hereford y cinco Guernsey. Todo su ganado.

El aire quedó inundado por el vehemente bramido de un toro y entonces apareció Studs, el mejor toro Hereford de la aldea, marrón, con su brillante mancha blanca en la cabeza. Contempló a Buddy con una despreocupada mirada desafiante, pero tenía asuntos más urgentes que detenerse a saldar antiguas rencillas. Se apresuró a correr tras las vacas.

El hecho de que Studs se hubiera escapado del corral no era una buena noticia, ya que todas las vacas estaban preñadas y no les vendría nada bien que las montara un toro ansioso. Para Neil, la noticia era incluso peor, porque al ser el responsable de Studs, aquello podría costarle unos azotes. No era algo que afectara demasiado a Buddy, pero aun así, estaba preocupado por el ganado. Fue corriendo hasta donde había dejado su ropa, aún pegajosa de savia.

Antes de que se hubiera pasado los tirantes por los hombros, apareció corriendo tras el rastro del toro Jimmie Lee, el menor de los dos hermanastros de Buddy. Tenía la cara encendida por la agitación de la persecución y, mientras le anunciaba el desastre («¡Studs se ha escapado!»), no conseguía evitar que le aflorara una sonrisa a los labios.

Todos los chavales sentían una afinidad demoníaca con las cosas que trastornaban el mundo de los adultos y Jimmie no era una excepción. Al chico le gustaban los terremotos, los tornados y los toros que se escapaban.

Buddy se percató de que no sería buena idea dejar que su padre viese esa sonrisa. En lo que respectaba a Anderson, con la acción del tiempo, esa secreta simpatía hacia las fuerzas de destrucción se había metamorfoseado hasta convertirse en una adusta y seria animadversión hacia estas mismas fuerzas, en una salvaje y resuelta obstinación tan implacable como el enemigo al que se enfrentaba. Nada podía provocar tal crueldad con más seguridad que la visión de ese febril arrebató en las mejillas de su hijo más pequeño y, como todos solían suponer, más amado.

—Yo se lo diré a padre —dijo Buddy—. Tú sigue a Studs. ¿Dónde están los demás?

—Clay está reuniendo a todos los hombres que pueda encontrar, y Lady, Blossom y las demás mujeres ahuyentarán a las vacas del maizal si siguen por ese camino. —Jimmie soltó la información mirándolo por encima del hombro mientras reanudaba la carrera por el amplio sendero que había quedado abrasado por el paso de la manada.

Era un buen chico, Jimmie Lee, y más listo que el hambre. Buddy estaba seguro de que en el antiguo mundo, habría sido otro pródigo. Quienes se rebelaban eran siempre los más despiertos. Ahora tendría suerte si conseguía sobrevivir. Todos tendrían suerte si lo hacían.

Una vez terminado el trabajo de la mañana, Anderson contempló su cultivo y vio que estaba en buenas condiciones, aunque cuando hicieran la recolección, las espigas no serían tan grandes y sabrosas como en los viejos tiempos. Habían dejado los sacos de semillas híbridas descomponiéndose en los almacenes abandonados de la antigua Tassel. Los híbridos ofrecían un mayor rendimiento, pero eran yermos. La agricultura ya no podía permitirse tales frivolidades. La variedad

que usaban ahora tenía una herencia más cercana al antiguo maíz indígena, el *zea mays* azteca. Toda su estrategia de lucha contra las usurpadoras Plantas se basaba en el maíz. Este cereal se había convertido en algo vital para su gente: era tanto el pan como la carne que comían. En el verano, Studs y sus doce vacas podían pasar solo con la verde fibra tierna que los chicos extraían de los laterales de las plantas o pastar entre las plántulas por la orilla del lago, pero al llegar el invierno, el maíz mantenía al ganado y al pueblo por igual.

El maizal se mantenía a sí mismo casi tan bien como mantenía a los demás. No era necesario que ningún labrador arara la tierra, bastaba que la removieran con unos palos afilados y que unas cuantas manos lanzaran las semillas y el puñado de excrementos que conformarían sus primeros nutrientes. Ningún cultivo tenía el mismo rendimiento por hectárea que el maíz; nada, excepto el arroz, tenía tanto valor nutritivo por gramo. Ahora la tierra era un bien escaso. Las Plantas ejercían una presión constante sobre los maizales. Todos los días, los chicos más pequeños tenían que inspeccionar entre las hileras del maíz para buscar aquellos brotes verde lima, capaces de convertirse en plantón en una semana y alcanzar el tamaño de un arce adulto en un mes.

¡Malditas sean!, pensó Anderson, *¡Que Dios las maldiga!* Sin embargo, esta maldición perdía gran parte de su contundencia ante la convicción de que había sido Dios quien las había enviado en primera instancia. Que los demás hablaran del espacio exterior tanto como quisieran: Anderson sabía que el mismo Dios colérico y envidioso que una vez había enviado el diluvio universal a un mundo corrupto, había dado vida y sembrado aquellas Plantas. Nunca discutía aquello. Si Dios podía ser tan persuasivo, ¿para qué iba a alzar él su voz? Aquella primavera haría siete años desde que se descubrieron los primeros plantones. Habían surgido de repente en abril

de 1972: miles de millones de esporas, invisibles excepto para los microscopios más potentes, diseminadas por todo el planeta por una sembradora igual de invisible (¿y dónde habría un microscopio, telescopio o radar tan potente como para detectar a Dios?). En cuestión de días, cada centímetro de tierra, granja y desierto, selva y tundra, se vio cubierto de una alfombra de color verde intenso.

Desde entonces, año tras año, conforme la población iba disminuyendo, la tesis de Anderson ganaba más adeptos. Como a Noé, el tiempo le daba la razón. Aun así, eso no le impedía sentir odio, al igual que Noé debió de detestar las lluvias y las inundaciones.

El odio de Anderson hacia las Plantas no había sido siempre tan enérgico. Durante los primeros años, cuando se acababa de derrocar al Gobierno y las granjas estaban en su apogeo, solía salir a medianoche y se quedaba observándolas crecer. Era como las películas a cámara rápida sobre el crecimiento vegetal que les proyectaban hacía años en el colegio. Entonces creía que sería capaz de defenderse frente a ellas, pero estaba equivocado. Aquellas malas hierbas infernales le habían arrebatado de las manos su granja, al igual que le arrancaron el pueblo a su gente.

Pese a todo, juraba por Dios que volvería a recuperarlo. Cada centímetro cuadrado. Aunque tuviera que arrancar de raíz cada una de las Plantas con sus manos desnudas. Escupió con fuerza.

En momentos como aquel, Anderson adquiría conciencia de su propia fortaleza, de su fuerza de voluntad, al igual que un joven es consciente de la pasión carnal o una mujer es consciente de que lleva un hijo dentro. Era una fuerza animal. Y Anderson sabía que aquella era la única fuerza lo suficientemente poderosa como para imponerse a las Plantas.

Entonces vio a su hijo mayor salir del bosque gritando. Solo al ver a Buddy correr, Anderson ya supo que algo iba mal.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Neil. Aunque el viejo no quería reconocerlo, estaba empezando a perder oído.

—Dice que Studs se ha escapado detrás de las vacas. A mí me suena a chorradas.

—Reza a Dios para que así sea —le contestó Anderson, lanzándole a Neil una mirada aplastante.

Le ordenó que volviera a la aldea para asegurarse de que, con las prisas, los hombres no olvidaran coger sogas y varas para perseguirlo. Después siguió con Buddy el claro rastro que había dejado el ganado. Les llevaban diez minutos de ventaja, según los cálculos de Buddy.

—Es demasiado —dijo Anderson. Aceleraron el paso y empezaron a correr.

Resultaba fácil correr entre las Plantas, ya que crecían bastante apartadas entre ellas y lo cubrían todo de forma tan densa que no permitían que creciera la maleza. Se pudrían hasta las setas, por falta de nutrientes. Los pocos álamos que quedaban estaban podridos hasta la médula, esperando solo que soplara una fuerte ráfaga de viento y los derribara. Los abetos y las píceas habían desaparecido por completo, digeridos por el mismo suelo que una vez los había alimentado. Muchos años antes, aquellas mismas Plantas habían sufrido distintas plagas de parásitos; entonces Anderson había albergado grandes esperanzas de que las enredaderas y plantas trepadoras desbancaran a sus receptoras, pero las Plantas se recuperaron y fueron las parásitas las que murieron, sin razón aparente.

Los gigantes troncos de las Plantas se alzaban hasta quedar fuera del alcance de la vista, con las copas ocultas por la misma abundancia de su follaje; su homogéneo tono verde intenso era intachable, impoluto y, como todas las cosas vivas, no

estaba dispuesto a tolerar ningún rastro de vida a excepción de la suya propia.

En aquellos bosques reinaba una extraña y desagradable soledad, una soledad más profunda que en la adolescencia, más inmutable que en la prisión. Daban la sensación de estar muertos en cierto modo, a pesar de su verde y floreciente crecimiento. Quizás fuera porque no se percibía ningún sonido. Las enormes hojas que se extendían en lo alto eran demasiado pesadas y rígidas para mecerse con nada que no fueran vientos huracanados. La mayoría de los pájaros había muerto. El equilibrio natural se había visto tan afectado que incluso aquellos animales cuya vida no se hubiera considerado amenazada se habían unido a las cada vez más numerosas especies en extinción. Las Plantas eran la única vida en estos bosques y la sensación de que eran distintas, de que pertenecían a otro mundo, resultaba inevitable. Aquello le corroía el corazón hasta al hombre más fuerte.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Buddy.

—Yo no huelo a nada.

—Huele como a quemado.

—¿Un incendio? —Anderson sintió un pequeño atisbo de esperanza—. Pero no arderían en esta época del año. Están demasiado verdes.

—No son las Plantas, es otra cosa.

Olía a carne asada, aunque Buddy se reservó esta opinión. Sería demasiado cruel, demasiado poco razonable perder una de sus valiosas vacas a costa de un grupo de saqueadores.

Aminoraron el paso, de la carrera al trote, del trote a un sigiloso acecho.

—Ya lo huelo —susurró Anderson.

Desenfundó la Colt Python calibre 357 Magnum, símbolo visible de su autoridad entre los vecinos de Tassel. Desde su ascenso a alto cargo (oficialmente era el alcalde del pueblo,

aunque en realidad representaba mucho más que aquello), nunca se le había visto sin ella encima. La fuerza de esta arma como símbolo (ya que la aldea disponía aún de una considerable reserva de revólveres y munición) descansaba sobre el hecho de que solo la utilizaba para el más serio de los propósitos: acabar con la vida de las personas.

El olor ganó intensidad; entonces, al tomar una curva del sendero, encontraron las doce reses muertas. Habían quedado reducidas a cenizas, pero los contornos resultaban lo suficientemente nítidos como para distinguir cuál de ellos era el de Studs. Había otro montón de cenizas más pequeño en el sendero.

—¿Cómo...? —comenzó a balbucear Buddy, aunque realmente quería decir «Qué», o incluso «Quién», algo que su padre comprendió con mayor rapidez.

—¡Jimmie! —gritó el viejo, encolerizado, enterrando las manos en el pequeño montón de cenizas, aún humeantes.

Buddy desvió la mirada, ya que una pena tan intensa es como la embriaguez: no le correspondía ver a su padre así.

Ni siquiera hay ningún rastro de carne, pensó, observando el resto de los cuerpos. Solo quedan cenizas.

—¡Mi hijo! —gritaba el viejo—. ¡Mi hijo!

Sostenía entre los dedos un trozo de metal, en su día la hebilla de un cinturón. Tenía los extremos fundidos por el fuego y el calor que retenía el metal le estaba abrasando los dedos. No lo notaba. Su garganta dejó escapar un sonido, más hondo que un gemido, y sus manos volvieron a hundirse de nuevo en las cenizas. Se enterró la cara en ellas y lloró.

Tras un rato llegaron los hombres de la aldea. Uno de ellos traía una pala que pensaba usar como vara. Enterraron las cenizas del chico allí mismo, porque el viento estaba empezando a esparcirlas por el suelo. Anderson conservó la hebilla.

Mientras él mismo recitaba unas palabras sobre la superficial tumba de su hijo, oyeron el mugido de la última vaca, Gracie. De modo que, tan pronto como dijeron «amén», fueron corriendo tras la única vaca que había sobrevivido. Todos excepto Anderson, que se fue caminando solo hasta casa.

Gracie encabezaba aquella inútil expedición.